



Rodrigo Castro Orellana, Adán Salinas Araya (eds.), *La actualidad de Michel Foucault*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016, 323 pp.

Ante un volumen que reúne a quince profesionales de la filosofía expertos en Foucault, quizá su reseña habría de comenzar por elogiar la unidad que sus investigaciones, ricas y variadas, encuentran en el principio expuesto por sus editores en la introducción: pensar la (in)actualidad de Michel Foucault. Es esta tarea, caracterizada por Rodrigo Castro y Adán Salinas como una apropiación crítica que sea capaz, en un mismo movimiento, de atender a la especificidad histórica del pensamiento de Foucault —aquella que le hace radicalmente inactual— y de recoger las herramientas que nos legó, de leer el conjunto de su obra como “un libro sin cubierta” (p.11). Fue esta tarea capaz de pensar semejante tensión la que movió en un inicio la convocatoria en la Universidad de Zaragoza del primer Congreso *La actualidad de Michel Foucault* por parte de Joaquín Fortanet y Pablo Lópiz. También fue aquella cuyo éxito posibilitó la convocatoria de una segunda y una tercera edición, y es éste el mismo espíritu que hallamos en el volumen aquí reseñado. Es decir, el valor de la obra que reseñamos proviene, pues, de su capacidad para reconocer en Foucault el tuétano plenamente contemporáneo, actual, de un pensamiento que ya auguraba, como suele decirse, “la que se nos venía encima”.

A destacar en la obra, además de su unidad de sentido, es la posibilidad que ofrece por igual al lego y al ducho en el autor francés de salir enriquecidos de su lectura. En sus capítulos encontramos investigaciones que, sin olvidar el fin que les ocupa (esa apropiación crítica), se preocupan por instruir, por introducir con lucidez explicativa y exhaustividad bibliográfica los elementos básicos del pensamiento de Foucault. Así, podríamos recomendar su lectura tanto como introducción para quien aún no se haya enfrentado al filósofo francés, como para aquellos que, tras años de lecturas del (y sobre el) mismo, busquen nuevas perspectivas críticas, aquellos que busquen sus huellas en el pensamiento contemporáneo; una actualidad ajena a lugares comunes.

Personalmente, recomendaría que su lectura fuese, si no en estricto orden, tampoco al azar. Es extraña esta recomendación en una obra conjunta, que más bien suelen parecer cajas de herramientas reunidas temáticamente, de forma que cada cual escoge la que necesita en cada momento. Sin embargo, algunos capítulos, como el primero, “La ética del pensamiento de Michel Foucault” (pp. 15-31), escrito por Jorge Álvarez Yagüez, nos nutren de precauciones: con su ayuda logramos reconocer el matiz ético que toda la obra de Foucault, en cuanto historia crítica, posee, conciencia ésta que habrá de acompañarnos en el resto de capítulos. Pero no sólo eso, en él también encontramos una caracterización de los imperativos éticos del investigador honesto, del *ethos* que conlleva ser filósofo, del compromiso inherente a esta “política de nosotros mismos” (p.19), y estos imperativos, este *ethos*, no es sólo el de Foucault: podemos reconocerlos en el resto de aportaciones, podemos observar la actualidad de Michel Foucault también en la forma en que los autores cuyas

investigaciones conforman el volumen tratan la cuestión. Idéntico potencial a este respecto encontramos en el capítulo que cierra el volumen, “El testamento filosófico de Foucault” (pp. 291-317), escrito por Antonio Campillo: al hilo de la cuestión acerca de qué quería Foucault que heredásemos de él y qué es lo que, de hecho, hemos heredado, encontramos una reflexión sobre la empresa filosófica del francés como “reflexión ontológica sobre las tres grandes dimensiones de la experiencia humana y una crítica histórico-política de la propia época, en la que esas tres dimensiones se encuentran articuladas de una determinada manera, ineludiblemente contingente” (p.312), que vale no sólo como descripción de lo específico de Foucault, sino como proyecto asumido, repensado, corregido y reorientado, partiendo de las bases ético-metodológicas de éste: esta “ontología histórica de nosotros mismos”, con su papel en la balanza del poder, en las luchas sociales, económicas y de género, en qué sea lo específico de la filosofía, en el descubrimiento de qué nos toca hacer, qué debemos hacer y cómo debemos hacerlo, (esta ontología crítica del presente, decíamos) es la que está en juego en las aportaciones de Rodrigo Castro y Adán Salinas, referentes a cómo encarar el “archivo inagotable” de Foucault, así como: 1) de Jorge Álvarez Yagüez, en su estudio sobre la ética inherente a la forma de proceder del autor francés, 2) de Joaquín Fortanet, al intentar exponer las relaciones entre la ontología derivada del análisis del ojo clínico y las estrategias epistémico-políticas que sitúan al enfermo en una posición privilegiada (es decir, al intentar exponer qué campo de acción ética se abre ante el desenmascaramiento de los presupuestos onto-epistémicos de la institución médica), 3) de José Luis Moreno Pestaña, en su apropiación de Foucault desde Goffman (buscando potenciar las virtudes de ambos pensadores desde el diálogo acerca de sus aciertos y defectos en torno a la cuestión de la institución psiquiátrica), 4) de Juan Manuel Aragüés Estragués, en su lucha contra la comprensión “no conceptual” de la muerte del sujeto y sus apuntes sobre el ciborg, 5) de Tuillang Yuing Alfaro, al reflexionar críticamente sobre la episteme en la que habría de situarse la economía política, contra y desde Foucault, 6) de Marcelo Raffin, al recorrer las distintas lecturas del Edipo en que Foucault cifró su comprensión de la relación entre saber (verdad) y poder (política), 7) de Ester Jordana, en su exposición de la unidad de sentido de los cursos del *Collège de France* impartidos por el pensador francés, 8) de Sandro Chignola, en su estudio crítico de la recepción que de Foucault encontramos en Agamben, 9) de José Luis Villacañas, al indagar en la posible configuración de una antropología filosófica que, partiendo de Foucault y templada por Goldstein, se aleje de expectativas metafísicas, 10) de Edgardo Castro, en su reflexión sobre los dispositivos lingüísticos que atrapan, gestionan, y dicen la verdad de la vida, al hilo del proyecto reformulado e inacabado de la *Historia de la sexualidad*, 11) de Pablo López Álvarez, al llamar la atención sobre la tensión presente entre la teoría neoliberal (analizada con ambigua frialdad por Foucault) y la práctica neoliberal (ausente en la reflexión de este último) en cuanto al problema del Estado, 12) de Julián Sauquillo, al estudiar la forma en que Foucault relaciona el saber de sí y la constitución (moral) de la subjetividad en los Cursos del *Collège*, y 13) de Antonio Campillo, en su esfuerzo por repensar el testamento filosófico de Foucault al hilo de sus potencias y sus límites. Es, decíamos, la conciencia de esta ontología crítica del presente operante tras las distintas apropiaciones que componen el volumen, la que se va ganando en una lectura (un poco) ordenada del libro.

Expuesto esto, dedicaré el resto de la reseña a comentar algunas de las cuestiones más destacables de las aportaciones. En su conjunto, todas las aportaciones son en

parte deudoras de la relectura que el propio Foucault hizo de su obra en sus últimos años, aquella que instaura una continuidad en el problema investigado, mostrando que en el fondo lo que había variado era el foco. Los tres ejes en torno a los que pivota toda experiencia (saber, poder y subjetividad), han tenido un protagonismo diverso en los distintos momentos de su biografía intelectual, hasta el punto de que habrá quien postule una ausencia casi total del último hasta la etapa final del pensador francés. La articulabilidad del conjunto de su teoría en torno a la cuestión de cómo se constituyen los distintos ámbitos de saber, los distintos discursos, y la forma en que estos dependen de, y modifican, el juego particular de relaciones de poder presentes en cada caso, al tiempo que en la tensión entre esta exterioridad y la interioridad imprevisible por completo del sujeto que normalmente cede y a veces se resiste, se va configurando una particular relación de uno con uno mismo que pasa a comprenderse desde – a favor de, en contra de, ajeno a – esa exterioridad, y que ve la potencialidad de su vida corporal modificada por ésta, (esta articulabilidad del todo de su biografía intelectual en torno a este triple eje, comentábamos) es discutible. No faltan detalles contradictorios, como por ejemplo el que Tuillang señala al respecto del papel asignado a los fisiócratas en la conformación de la economía política en *Las palabras y las cosas* y en *Seguridad, territorio y población* (pp.110-113). Sin embargo, la mayoría de las investigaciones aquí recogidas hablan en favor de una lectura de ese tipo, por supuesto con los desvíos propios de los avatares de toda investigación, especialmente cuando ésta dura toda la vida de una persona, pero manteniendo una unidad de sentido rastreable a lo largo de su obra. Así por ejemplo, Joaquín Fortanet ve en el cuerpo enfermo una de las claves de la Arqueología foucaultiana, “que impulsará su reflexión sobre el saber médico desde los lugares de *El nacimiento de la clínica* hasta las consideraciones sobre el poder y, posteriormente, el biopoder y la subjetividad” (p.44). Siguiendo este camino, Fortanet reflexiona de la mano de Foucault acerca de mediante “qué juegos de verdad se da el hombre a pensar su ser propio cuando se contempla como enfermo” (p.48), observando al mismo tiempo cómo el tornar explícitas estas prácticas, estas estrategias de veridicción, en su carácter estratégico-contingente (es decir, el desmantelar su pretendida autoevidencia), conlleva toda una batería de contraconductas. Ahí reside su apropiación crítica del francés: recoger el testigo de esa “historia de lo que hemos hecho que sea al mismo tiempo un análisis de lo que somos; un análisis teórico que tenga un sentido político” (p.49).

En cuanto a este análisis de las estrategias de veridicción que configuran lo que en cada caso comprendemos que es un enfermo, José Luis Moreno centra su atención en el enfermo mental, y en los distintos envites que, desde la filosofía y la sociología, han pretendido comprender la realidad de las instituciones psiquiátricas y, principalmente, de los allí internados. Su aportación cobra así una cierta profundidad histórica que da buena cuenta de los beneficios del giro que en los años cincuenta posibilitó poner en cuestión el diagnóstico psiquiátrico, hasta entonces autoevidente. Sin embargo, el investigador nos advierte también contra el peligro negacionista que supone una lectura acrítica de Foucault, cuyas “contraconductas” asociadas, suponemos, no serían tan deseables. Para prevenir esto, José Luis Moreno Pestaña propone una revisión con ayuda de Goffman, que le lleva a descentrar, al mismo tiempo, el cientificismo biologicista, y la institución psiquiátrica, en favor de una sociología de la enfermedad mental con ojo para la tensión establecida entre la biografía íntima del enfermo y el contexto socio-moral que en cada caso le ocupe.

Por otra parte, el conjunto de dispositivos que piden, posibilitan y articulan una verdad de la vida (un tipo de verdad que ha de ser dicha, confesada y cifrada en discursos legítimos), son analizados por Edgardo Castro en “Dispositivos lingüísticos del gobierno de la vida o la vida como lugar de veridicción” (pp. 213-229). En este capítulo dichos dispositivos lingüísticos son observados por su conexión con el problema de la gubernamentalidad. El desarrollo del mismo muestra cómo la vida que habla, la vida que se dice y es dicha, se convierte en sujeto, en lo que podríamos llamar una articulación de la gubernamentalidad política y la gubernamentalidad ética (p. 219), y lo muestra a través de los estudios foucaultianos en torno a la biopolítica. Así, la estadística, el dispositivo de la sexualidad, el discurso de raza y la constitución de la población como aquello que realmente ha de ser gobernado, son estudiados por su relación con el modelo capitalista, sus exigencias y necesidades, allí donde éste se halla a las puertas de la “modernidad líquida”: sin abandonar del todo los dispositivos disciplinarios, las prácticas gubernamentales tenderían ante todo a la gestión de la vida en términos de su potenciación y diversificación. Cabe reseñar que, entre las consecuencias del análisis de los dispositivos lingüísticos con que la vida recibe la palabra, está, en parte, la desacreditación de un núcleo de polémicas reconocidas como biopolíticas que partirían de la “tajante oposición, introducida por Giorgio Agamben en el primer tomo de *Homo sacer*, entre la vida biológica y la forma-de-vida: *zoé y bíos*” (p. 219).

La problemática biopolítica, término que aludiría a un mismo tiempo y según contextos al conjunto de políticas destinadas a “atrapar”, “gestionar” o “potenciar” la vida (resumidas en la máxima “hacer vivir, dejar morir”), y a la reflexión filosófica que, en contacto con la sociología, la biología, la medicina, y otros tantos campos de saberes, intenta desentrañar los mecanismos mediante los cuales la vida es, efectivamente, atrapada, gestionada, o potenciada, constituye casi la *koiné* propia de los estudios post-foucaultianos. Agamben, autor cuya radicalización de la problemática biopolítica, hasta situarla en el tuétano de la soberanía (hasta construir toda una onto-teología política cuya potencia puede medirse por la cantidad de bibliografía generada), es objeto de estudio de dos de las más interesantes contribuciones al presente volumen, la de Sandro Chignola y la de José Luis Villacañas.

El primero de estos dos capítulos, que en el volumen aparecen seguidos el uno del otro, estableciendo un diálogo peculiar y fructífero, es el de Chignola. En “Sobre el dispositivo. Foucault, Agamben, Deleuze” (pp. 169-184), recoge las distintas explicaciones que se han dado acerca del uso del concepto “dispositivo” por parte de Michel Foucault, en la medida en que éstas no llevan a cabo una mera repetición explícita y matizada de lo que está ya de inicio en este último, sino que conllevan una apropiación del mismo para proyectos dispares. En definitiva, la mostración de las tesis respecto de qué pueda ser un dispositivo y qué papel tendrían en la historia de las subjetivaciones que, paralelamente, postulan Agamben y Deleuze (pero también Judith Revel (p. 171) y, subrepticamente, el propio Chignola), cumplen el papel de mostrar a) la riqueza del “archivo Foucault” en cuanto a la diversidad de las filosofías que se piensan herederas de éste, y b) el fondo metafísico operante en la particular apropiación de Agamben y la consecuente postura política que, siguiéndole, cabe mantener. El fondo metafísico recién mencionado quedaría enmarcado por el juego de reenvíos entre una noción de dispositivo subjetivizante y otra desubjetivizante, siendo esta última la característica del Estado en tiempos neoliberales (aunque se halle presente, según Agamben, en toda forma de soberanía en tanto que fundada

sobre la excepción). Siguiendo este camino, la herramienta que permite a Agamben analizar este juego de reenvíos, que casi le posibilita prescindir en el resto de su obra de la noción de dispositivo (por lo menos, quitarle el papel fundamental), y que cifra el fondo metafísico al que hacemos alusión, (esta herramienta) es la de “umbral”. Es el umbral el que le permite abrir la ciudad como el espacio en el que se juega la tensión inherentemente política entre los ciudadanos que sostienen la diversidad de sus subjetivaciones en el uso libre del lenguaje y la proliferación de los dispositivos tecnológicos, y una soberanía que está siempre en situación de instaurar un campo, una indiferenciación inevitable entre el humano y su animalidad. En este sentido, Chignola entiende el talante catastrofista del diagnóstico del filósofo italiano: su interpretación de la actualidad como un avance sin obstáculos de los procesos de indiferenciación no puede ser leída sin cierto pesimismo. ¿La opción política asociada a este diagnóstico? Una peculiar anarquía mesiánica (p.183).

Recogiendo las conclusiones de Chignola, Villacañas da cuenta de qué es lo metafísico en la propuesta de Agamben: no la temática, no la noción de dispositivo en cuanto tal, sino su particular proyección sobre una pretendida antropogénesis cuyos presupuestos son inaceptables para el filósofo español. En otros términos: aquella empresa foucaultiana que no pretende preguntarse por en qué consiste ser humano, sino en qué consiste ser éste (tipo) humano o cualquier otro, según la exterioridad que le dé forma, (empresa ésta que toma la noción de dispositivo como una de sus principales herramientas teóricas), es substituida en Agamben por una antropología metafísica que se focaliza en desentrañar, justamente, en qué consiste ser humano (p.186). Sin embargo, como bien llama la atención Villacañas, esto implica separarnos de ese particular *ethos* que el resto de capítulos habían explicitado y que se halla presente en toda la obra de Foucault: ser fiel a la historia, a su contingencia, tomar conciencia de que los tres ejes, saber, poder y subjetivación no permiten pensar un momento previo a su articulación, sino sólo la especificidad de cada una de esas articulaciones y los procesos que las han configurado. En favor de una reorientación de los estudios biopolíticos a lo contingente de cada momento histórico, a su concreción, (al carácter semi-trascendental de los dispositivos), Villacañas hace especial hincapié en la remisión de todo dispositivo instaurado a una urgencia, de forma que cada uno de ellos recibe su especificidad de lo impredecible de éstas. Como reconocía Chignola, si bien hay una sobredeterminación de los fenómenos y los procesos de subjetivación por parte de los dispositivos, no podemos olvidar su inherente imposibilidad de control absoluto sobre los mismos: tan importantes en el estudio de los procesos de subjetivación que han colmado la historia en cada momento concreto son los dispositivos específicos, como las resistencias —las contraconductas— que en cada caso han promovido, tan específicas e inextrapolables como estos mismos. En definitiva, la propuesta de Agamben retomaría, con la primacía de la especulación que encontramos en su obra, un cariz macrofísico que choca de frente con la necesaria microfísica exigida por Foucault.

A destacar en el capítulo es que, si bien Chignola nos había mostrado en su análisis comparativo algunas diferencias substanciales entre “el Foucault de Deleuze” y “el de Agamben”, Villacañas reconoce la misma aspiración antropogenética operando de fondo en la apropiación deleuziana: este dar forma a lo humano que los dispositivos realizan, tal y como los presenta Deleuze, parece remitir más de lo que Foucault hubiese deseado a un fondo “no-humano” (p. 193). Tras esta crítica a las dos genealogías del dispositivo —la de Deleuze y la de Agamben— que, a sus ojos,

muestran igual fondo metafísico, Villacañas propone una genealogía propia que retrocedería hasta Canguilhem, para centrarse no sólo en la influencia que éste tuvo en Foucault, sino en la influencia que en el primero tuvo Kurt Goldstein, influencia ésta, según el filósofo español, no suficientemente aprovechada, no llevada hasta sus últimas consecuencias. Villacañas realiza aquí una apología de las ventajas que una lectura adecuada de Goldstein conllevaría para la potenciación del dispositivo como herramienta teórica. Es esta potenciación la que posibilitaría, de inicio, una antropología filosófica historicista (en el buen sentido de la palabra, en el sentido que Foucault reivindicaba en *Defender la sociedad*), cuya necesidad Villacañas lee en la obra inacabada del autor francés. En definitiva: la concepción del organismo de Goldstein permite una mayor comprensión de esa interioridad que nunca es meramente pasiva respecto a la exterioridad que le da forma, esa interioridad plena en latencias, un sujeto que no sea mera sujeción. La creatividad intrínseca del organismo vivo, corporal, podría ser analizada en profundidad mediante una lectura atenta del neuropsicólogo prusiano, y realizada ésta, la empresa de una antropología filosófica capaz de dar cuenta de la tensión histórico-concreta entre la sujeción de los dispositivos y la respuesta orgánica, sin remitir a un fondo substancial, sino reconociendo el carácter apriorístico de esa disputa entre positivities interiores y exteriores, (esta empresa de una antropología filosófica historicista, comentábamos) se tornaría viable. Una de las formas en que la lectura de Goldstein juega en favor de esta empresa, es la localización de la producción de dispositivos en lo que Goldstein llamó “la producción de distancia” (p. 201). El desarrollo de Villacañas evita que hipostasiemos los dispositivos en contraposición al organismo sujeto a ellos: antes bien son estos organismos los que generan los dispositivos, éste es el sentido último de la “urgencia” que da el carácter estratégico a cada dispositivo. Cercanos a lo que Richard Dawkins llamó “el fenotipo ampliado”, los dispositivos muestran un sentido biológico, y es en esta horca biología-historia en la que puede desarrollarse una antropología filosófica. Esta comprensión de los organismos como porosos y creativos, y, en este caso, culturales, produciendo en todo momento dispositivos, hospedándose en estos, desechándolos, (esta relación necesaria entre el humano y sus dispositivos, esta copertenencia que prohíbe pensar al uno sin el otro y viceversa) es la que imposibilita una lectura antropogenética de corte metafísico: el capítulo de Villacañas dice “no” a una derivación de todo el destino del humano desde el concepto mismo de la soberanía, como siendo la marca primigenia sobre una substancia previa, ontológicamente autosubsistente y ónticamente modulada.

Otro ataque a las posibles lecturas metafísicas de la obra de Foucault es la de Aragüés Estragués. Si Villacañas imposibilita la antropogénesis metafísica comprendiendo los dispositivos como cristalizaciones histórico-concretas de las “estructuras de producción de distancia” de los organismos, con diversas fechas de caducidad y distinta capacidad de sedimentación, Aragüés Estragués se centra, por otro lado, en criticar aquellas comprensiones que, apelando a un mismo fondo substancial, interpretan la muerte del hombre en un sentido mesiánico. Así, el autor insiste en la necesidad de comprender el “hombre” como concepto, como cristalización de un tipo humano particular, no sólo con “fecha de fallecimiento”, sino también con “fecha de nacimiento” (p. 89). Sus razonamientos nos llevan a observar en la figura del ciborg (p.95 ss.) la nueva cristalización del humano, de forma que recoge en el capítulo los posicionamientos de Sloterdijk y Virilio al respecto. A su vez, el autor muestra un optimismo que, a veces, suena desmesurado: parece ausente una justificación sufi-

ciente de por qué habríamos de entender esta “nueva ontología del humano” (p.99) como una potenciación de la vida en detrimento de la *potestas* del orden establecido. ¿No peca en este punto de acercarse demasiado a ese fondo no-humano que vienen criticando, tal y como, sostenía Villacañas, le sucede a Deleuze?

Un último capítulo que querríamos reseñar es el de Pablo López Álvarez, “Sigue cierta algarabía: Foucault, el neoliberalismo y nosotros” (pp. 231-254). La relación de éste con lo expuesto anteriormente viene dada por la importancia de la racionalidad neoliberal en la propagación de dispositivos reguladores, más que disciplinarios, que constituyen lo propio de aquello que Foucault bautizó como biopolítica. En este caso, Pablo López incide en la especificidad de *El nacimiento de la biopolítica*, el curso que Michel Foucault impartió en 1979 en el *Collège de France*: la conexión entre los autores, temas y conceptos tratados en el mismo y el resto de su obra no sólo puede ser abordada de múltiples formas, sino que una hermenéutica de la misma viene exigida por la exclusividad de algunas de las reflexiones que pueblan este curso en concreto, no localizables en el resto de su obra. Puesto el ojo en este hecho, el autor reclama el uso de algunas de las herramientas teóricas que Foucault usó con anterioridad y abandonó en este caso, tales como el recurso a una teoría de la relación entre producción de plusvalor y generación de subpoder (p.250). Sin embargo, ni todo es deficiente, ni la deficiencia se queda en este punto: el ejercicio aquí consumado por Pablo López comienza por reflexionar sobre lo acertado del análisis foucaultiano de la racionalidad neoliberal (reconocimiento de su necesaria producción artificial de las condiciones en que es viable la aplicación gubernamental de esa racionalidad, atención sobre la mutación que reorienta la legitimación de las prácticas políticas a la primacía de la libertad económica, mostración de la lógica anti-estatalista inherente a la teoría neoliberal y de la retórica que, mediante la identificación Estado-absolutismo, Estado-fascismo, Estado-nacionalsocialismo, justifica su movimiento y, por último, foco puesto sobre la forma en que la teoría neoliberal, lejos de promover dispositivos de neutralización de la diferencia, busca más bien su proliferación infinita) (pp. 236-240), para posteriormente desarrollar una extensa crítica a la ambigüedad que, por el tono del discurso y su pretendida objetividad, recorre las lecciones, mostrando que en ciertos puntos la exposición foucaultiana es incapaz de atrapar la crudeza que la puesta en obra de esa teoría neoliberal conlleva. Se trataría, pues, no de impugnar en su completitud el análisis del *ethos* promovido por la racionalidad neoliberal (el *homo oeconomicus*), sino de destacar la insuficiencia de éste allí donde hay que dar cuenta de cómo el lenguaje de la libertad, la flexibilidad, la optimización, la creatividad, etc, tras la reinterpretación de lo social en términos de capital humano (pp. 241-242), “corroe la moral” de las personas, por utilizar la fórmula de Richard Sennett. La crítica, constructiva aquí, se resuelve en un imperativo: juzgar esta insuficiencia desde su circunstancia histórica, pensar la dificultad inherente al neoliberalismo temprano para llevar a cabo un análisis distinto de éste, y recoger el testigo desde la distancia crítica que estas décadas nos conceden.

Que el neoliberalismo tiene fecha de caducidad, por su incapacidad para crear y mantener el tipo de lazos y comportamientos comunitarios propios del ser humano, es algo que quienes hemos seguido los cursos y conferencias de Pablo López hemos escuchado en numerosas ocasiones. Esta aseveración, que fluctúa entre el dato y el anhelo, sobrevuela la segunda parte de su capítulo. En ella se lleva a juicio la compatibilidad entre la teoría neoliberal y la práctica neoliberal, por cuanto el análisis foucaultiano, demasiado centrado en la teoría, pudo ser ciego a la especificidad his-

tórico-concreta de las relaciones históricas que el neoliberalismo, anti-estatalista en su teoría, tuvo que establecer en cada caso con los diversos Estados, produciendo modificaciones tanto en la racionalidad de uno como en la forma y operatividad del otro. La racionalidad neoliberal requiere del Estado para su aplicación, y esto no sólo es un dato constatable, también es deducible de la cantidad de recursos que necesita movilizar la producción artificial de las condiciones en que es viable su aplicación. Esta ingeniería social, reconoce Pablo López, es inaplicable sin un Estado fuerte que la sustente, financie y aplique. Un Estado que ya no sería analizable, por tanto, en términos de “intervencionismo” o “no intervencionismo”, sino más bien, siguiendo a Wacquant, con la figura de “un Estado centauro: cabeza liberalizadora, cuerpo penal” (p. 247). Sólo así podríamos comprender el funcionamiento, malinterpretado por Foucault (a quien se acusa en este punto de haber explicado el neoliberalismo desde la narración que éste se contó a sí mismo), de la prisión en la contemporaneidad: no sólo no se observa un vaciamiento de categorías antropológicas y psicológicas, sino que es perfectamente perceptible el surgimiento de términos de uso común como “ghetto”, “violencia urbana”, “barrio conflictivo”, que permiten focalizar geográficamente la acción punitiva de cara a la producción de trabajo precario (pp. 248-249). En definitiva, hay que precisar el estudio del neoliberalismo nutriéndonos tanto de la innovadora visión de Foucault, como de todo aquello que nos ha acontecido desde su muerte, aprovechando esa distancia crítica que nos separa de él, su (in)actualidad. En este movimiento, lo aprendido desde el 2008 ocupa para Pablo López un papel fundamental. Ya no hay excusa para no reconocer la forma en que el neoliberalismo, sin núcleo, absorbe, reorganiza, gestiona y se acomoda en, la multiplicidad de las fuerzas sociales activas y creativas.

En resumen, el todo de las contribuciones aquí reseñadas, como comentábamos, contribuye a pensar esa distancia que nos separa de Michel Foucault, por cuanto esa distancia nos constituye, por cuanto Foucault tiene algo que decir sobre ella, sobre la distancia que nunca pudo conocer. El valor de *La actualidad de Michel Foucault*, en este doble sentido, es incuestionable.

Luis Periañez Llorente